

RICARDO PIÑEYRÚA

VIEJO ESTADIO, NUEVO ESTADIO

Ricardo Piñeyrúa (Montevideo, 1952) es profesor de Educación Física desde 1979 (ISEF). Es analista deportivo y conductor del programa *13 a 0* (Del Sol fm). También dirige la sección de deportes de *Informe capital* (tv Ciudad). Además, es columnista en Montevideo Portal.

De jugarse un torneo en Uruguay, ya sea una sede del Mundial 2030 u otro evento conmemorativo del primer Mundial de fútbol, no imagino que no se juegue en el Estadio Centenario. Es natural la asociación entre un Mundial y su estadio principal. Sería incomprensible esa celebración en otro lado.

Hay infinidad de ejemplos de países organizadores que volvieron a utilizar estadios donde ya se había jugado un Mundial o Juegos Olímpicos: Brasil, Alemania, Italia, México, Inglaterra; incluso los rusos escondieron el nombre de Lenin bajo el título de Luzhniky para jugar la final en el mismo estadio donde el oso Misha conmovió al mundo al dejar caer una lágrima en los Juegos Olímpicos de 1980.

Hay ciudades con cultura futbolera que tienen estadios míticos. Todos reconocemos nombres como Santiago Bernabéu, Camp Nou, San Paolo, Parc des Princes. A algunos hasta se los reconoce con dos nombres, como el San Siro o Giuseppe Meazza de Milán.

Podría abundar con una lista de estadios recorridos a lo largo de los años en eliminatorias sudamericanas, casi iguales con el paso del tiempo, con pequeñas variantes constructivas o mejoras, pero que han mantenido tanto el nombre como sus historias propias: Maracanã, El Nacional, Atahualpa, Hernando Siles, Monumental, Bombonera, Defensores del Chaco. Todos ellos tienen un apellido de ciudad que no es necesario mencionar.

El Centenario es uno de esos estadios emblemáticos del mundo, con la Torre de los Homenajes que lo hace único. Su asociación con el primer Mundial obliga a pensar qué hacer con él para 2030.

El Estadio tiene una ubicación difícil de igualar. Como siempre decimos, está a cinco cuadras de todo. En medio de un parque hermosísimo, con grandes extensiones para hacer amplias zonas de exclusión —como a la FIFA le encanta— y con avenidas cercanas que facilitan el acceso y la salida hacia todos los puntos de la ciudad.

Aunque estoy lejos de la arquitectura, me animo a pensar que sería factible modernizarlo, ajustándolo a las normas que la FIFA tiene para los estadios. Nuestros arquitectos sabrán cómo ponerle techo, mejorar sus accesos, rodearlo de un aro que una las tribunas y donde se alojen los servicios, salas de prensa, etcétera.

La gran pregunta que la academia probablemente se hace es: ¿habría que derrumbarlo y hacer uno nuevo, o reformar el actual? Quizás la respuesta pase por qué dejar y qué reformar para que mantenga la identidad de aquel edificio construido en 1930.

Sin duda, la Torre de los Homenajes debe quedar; es emblema no sólo del Estadio, sino también de la ciudad. Ahora, ¿sólo hay que dejarla a ella, o es posible mantener otras partes que, combinadas con lo nuevo, muestren la obra formidable de hace 100 años?

El museo del fútbol de Pacaembú, en San Pablo, permite una visita a las entrañas de ese viejo estadio y, de alguna forma, entender cómo fue construido. Acaso, mantener partes del viejo Centenario, que contrasten con lo nuevo, permita a quienes lo visiten ver y sentir cómo fue ese primer estadio mundialista.

Personalmente, me inclino por la idea de mantener lo máximo posible. No me imagino diciendo «acá estaba el Estadio Centenario»; me gustaría decir «acá está el Estadio Centenario», donde aún «se siente» la identidad de nuestro fútbol, con sus glorias y fracasos.

La celebración de los 100 años del primer Mundial organizado independientemente de los Juegos Olímpicos no debería ser sólo la del evento, sino también la del esfuerzo de un país que fue capaz de construir en tiempo récord un «coloso de cemento», como a los viejos periodistas les gustaba decir.

El mundo de hoy está lleno de estadios sin personalidad, casi iguales entre sí, como un *shopping* en cualquier ciudad del mundo. La obligación de ajustarse a las normas establecidas por la FIFA muchas veces los despersonaliza, los acerca más a hoteles cinco estrellas que a un templo del fútbol.

Uruguay puede tener la oportunidad de reformular su principal estadio, ajustándolo al mundo global pero sosteniendo su carga histórica. Allí los celestes cerraron un ciclo inigualable, al ganar tres mundiales en una década, y abrieron el capítulo del evento más convocante del mundo.